

Raúl Quirós Molina

**LOS CABALLOS
INOCENTES**

XXXIX PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

f)L Fundación José Manuel Lara



JUNTA DE EXTREMADURA

Esta novela fue galardonada con el XXXIX Premio Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Susana Martín Gijón, Ana Alcaide Salas, Raúl Aguado, María Victoria Pineda González, Diego González, Rui Díaz Correia, Jordi Juan Martínez e Ignacio F. Garmendia

Primera edición: noviembre, 2020

© Raúl Quirós Molina, 2020
© Fundación José Manuel Lara, 2020
Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia
Maquetación y diseño: Manuel Rosal
Ilustración de cubierta: © Mike Abrahams (Photo by In Pictures Ltd./Corbis via Getty Images)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 1794-2020
ISBN: 978-84-17453-58-9

Printed in Spain-Impreso en España

A mis padres

Como se une la piedra
al fondo de su agua,
fatal, oscuramente,
con una tierra amada.

LUIS CERNUDA

muerte pájaro príncipe volando,
un pájaro es un ángel inmaduro.

BLANCA ANDREU

PRÓLOGO

LOS CABALLOS INOCENTES

Cuando os encontráis, otro año más, ellos parecen más calvos y más gruesos; ellas, más envejecidas y canosas. Pitita y el Cabezón son los primeros en llegar en coche a casa de Quique y Pili. Pitita abre la puerta del automóvil sin esperar a que se detenga; el Cabezón sale después. Es un momento extraño porque, por un instante, a Quique le cuesta reconocer a sus amigos. No hace tanto que os visteis por última vez y, sin embargo, aquellas personas parecen muy ajenas, muy distantes. Pitita recoge su bolso con parsimonia del asiento trasero sin darse cuenta de que Quique y Pili ya esperan de pie en la entrada del garaje del chalé. El Cabezón frunce el ceño y apremia a Pitita a que cierre la puerta porque cree que llegan tarde. Pili levanta la mano hacia ellos y Pitita y el Cabezón no distinguen por un segundo a aquella señora que les saluda. Quique les grita, «¡qué pasa, hombre!», y entonces los cuatro se ven y se sorprenden: son nuestros amigos, piensan, un año más viejos, con otro peinado, otro maquillaje, con más canas, más arrugas pero indudablemente ellos. El acercamiento entre las dos parejas es cauteloso: se dan la mano ellos, besos ellas. Flota en el aire la precaución con la que uno se acerca al viejo conocido: qué le habrá pasado al otro durante estos años en los que no han sabido unos de los otros. Un progenitor que ha muerto, un nieto que nacerá, un amigo que se ha perdido, una enfermedad, un problema económico. Más adelante podrán confesárselo todo en el salón de Quique, cuando se hayan adaptado a la nueva presencia: ¿será el peinado nuevo, la ropa aún

pasada de moda, la cirugía de Pitita? Necesitan unos momentos para aceptar que aquellas personas son los amigos de toda la vida, los amigos de San Blas desde hace casi cuarenta años. Son aquellos chicos y chicas que un día compartieron campamentos, cigarrillos, litronas y que ahora tienen hijos, nietos, coches, bultos en el pecho, seguros de vida, hipotecas que no se acaban de pagar. En el primer encuentro después de tanto tiempo siempre hay pequeños silencios que una pareja y otra van amagando con alguna muletilla reconfortante, «hay que ver lo guapa que estás», «qué bien te veo macho», crean un puente entre alguna anécdota y otra, «el trabajo va tan ricamente», «el niño se nos ha ido al extranjero», se tratan con tiento, con exquisita educación.

No pasan ni cinco minutos cuando suena un claxon fuera de la casa. Estos son Angustias y Agustín, que vienen en un coche mucho menos lujoso que el de Pitita y el Cabezón y que salen del automóvil con mejor humor. Pili sale para recibirlos y ellos sí la reconocen inmediatamente, «Pili, ¡hola!» Angustias se acerca y tratan de darse un beso, pero chocan las mejillas. Agustín espera su turno de puntillas, con las manos en los bolsillos, alarga el saludo y pregunta por Quique, «¿dónde está el Berrinche?», «ahí dentro, dando por saco a Manolo y a Pitita», «¡mira!, se nos han adelantado, si es que no se puede salir tan tarde...», dice Angustias. Y entran apresurados. Pasan todos al comedor, y la conversación se anima, se sueltan las lenguas y el tono de la voz sube, inspirados al saber que los otros están bien, que la vida transcurre tranquila también para ellos, que los problemas cotidianos son insignificantes e incluso alegres. Quique recibe una llamada de teléfono, «tengo que ir a recoger al curilla a la estación», y el Cabezón añade, «¡se nos acabó la diversión, Quique!», y se echan a reír. Agustín deja la cerveza en la mesa, y dice, «venga, que vamos en mi coche», pero Quique le para, «¿dónde vas, hombre?, tú

«quédate aquí, tranquilito, que acabáis de llegar», «sí, no seas tonto, que ya va él», dice Pili.

«Y Pablo, ¿vendrá?», preguntan, y Agustín responde que sí, que al menos a él ya le había dicho que sí por Whatsapp, pero que a lo mejor le ha surgido algo, «¿y por qué no le mandáis un mensaje?», «déjalo, a lo mejor no quiere ver al cura», risas, «¿y sabéis cómo le va?», «pues quiere jubilarse ya, el muy cabronazo», «le ha ido bien en la empresa». Pili trae queso, jamón, pan, «¡no nos vayáis a cebar, que luego nos ponemos como nos ponemos!» Agustín, que ya ha recogido un cuadrado de tortilla, alega que hoy es día de saltarse la dieta y todos asienten y se lanzan sobre los tentempiés. Pitita anuncia que Pablo llegará un poco más tarde, «a este Pablo siempre le gusta llamar la atención, ¡cómo es!» Hay varias conversaciones cruzadas: Pitita habla con Angustias del embarazo de su hija; Agustín escucha pacientemente a Manolo, que habla no sé qué del PP y de Franco; y Pili, que sale y entra, explica fragmentariamente el destino de cada uno de sus hijos: algunos fuera, otros aún en Madrid, ya cada uno con su vida hecha. Se abre la puerta, y se escucha la voz de Quique, «¡ya está aquí el cura!», y todos se callan por un instante y se ponen de pie, marcialmente, «tú, deja eso, que como te vea el cura, te regaña», le chista Angustias al Cabezón, que apura un quinto de Mahou, mientras el resto ríe en voz baja. Quique ayuda a Tomás a quitarse el abrigo y el fular y los cuelga en la entrada. El cura es alto y espigado, su aparente fragilidad no esconde la seguridad con la que se mueve en aquel salón. «Queridos», dice. Y uno a uno, os va besando. Nadie dice nada, ni gasta ninguna broma. Tomás es el único que parece no envejecer año tras año porque ya es un anciano al que le tiembla el pulso cuando abraza a sus hijos: vosotros. Ya no cría canas, no hay nuevas arrugas que le surquen el rostro, es un hombre de ochenta

años desde hace treinta. El ambiente festivo se espesa un tanto y, aunque seguís con vuestras conversaciones, habéis bajado el tono una cuarta y evitáis los temas más picantes. Tomás pide algo para beber, y Pili le ofrece una cerveza que acepta agradecido, «Tomás, que te nos vas a emborrachar como en aquella ocasión», dice Quique. Y Tomás, severo y conciliador, responde, «qué guasón has sido siempre, Quique, solo me emborraché una vez, cuando tenía trece años, mi padre dejó una frasca de vino en la cocina y mi hermano, que era un bribón, me hizo creer que se trataba de zumo de uva y me lo hizo beber entero, mi pobre madre, que era todo amor y cariño, me dio un buen rapapolvo cuando me vio vomitando por toda la casa...» Todo el mundo guardó silencio durante la historia de Tomás y dejó escapar alguna risa de compromiso.

Ya estáis Quique y Pili, Angustias y Agustín, Manolo y Pitita, Tomás. Os faltaba Pablo para completar todo el grupete, sin Pablo aquello podía ser tan aburrido. Y Pablo tocó el timbre, y cuando Pili abrió la puerta, allí estaba sonriente, con la guitarra en la mano, y Pablo pasó y no saludó a ninguno, como si estuviera enfadado o ido...